

Nuestro Dios es un Fuego Consumidor

Este sermón fue predicado por Alonzo T. Jones en el Tabernáculo de Battle Creek, el 22 de octubre de 1898, y fue publicado en la Review and Herald, del 24 de enero al 7 de febrero de 1899.

El Señor viene. Viene con poder y gran gloria. Y «nuestro Dios es un fuego consumidor». En cuanto a los tiempos y las ocasiones, no tenéis necesidad de que yo os hable; porque vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Porque cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, y no escaparán. Y aunque es cierto que no necesitáis que yo os hable de los tiempos y las ocasiones, hay algo relacionado con su venida de lo que es absolutamente esencial hablar y pensar todo el tiempo; y es el efecto de su venida; porque viene «en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocen a Dios, y a los que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo». Y todos estos serán «castigados con perdición eterna, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Tes. 1:8, 9).

Además, está escrito: «Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Tes. 2:8). Así que cuando él venga en su gloria, será una gloria consumidora, que quemará a todos los impíos y a todo lo que tenga maldad en ellos.

Y aún más, está escrito: «He aquí, el día del Señor viene, cruel, con ira y ardiente furor, para dejar la tierra desolada; y destruirá de ella a sus pecadores... Y yo castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad» (Isa. 13:9, 11). Y «¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿y quién podrá estar en pie cuando él se manifieste?» (Mal. 3:2). Esa es la cuestión. Puesto que él es un fuego consumidor, y puesto que, cuando él venga, le veremos tal como él es, tendremos que enfrentarnos a él como ese fuego consumidor que él es, y no hay escape.

Cuando él venga, no será más respetuoso de personas que antes de venir. «No hay acepción de personas para con Dios». Tan ciertamente como que él es como es; tan ciertamente como que él vendrá como vendrá; y tan ciertamente como que le veremos tal como él es, así de ciertamente todos nosotros —cada uno de nosotros— seremos tratados según somos. No hay cambio de carácter, no hay margen para un cambio en nosotros en aquel día.

Sin embargo, en aquel día, como en todos los demás días, no es sobre los hombres mismos sobre quienes se derrama la ira de Dios, sino sobre los pecados de los hombres, y sobre los hombres solo en la medida en que están identificados con sus pecados. Porque «la ira de Dios se revela desde el cielo», no contra todos los hombres impíos, no contra todos los hombres injustos, sino «contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Rom. 1:18). Y solo si el hombre se aferra a su impiedad, solo si retiene la verdad en injusticia, sucederá que la ira de Dios se revelará desde el cielo contra él; y aun así, no principalmente contra él, sino contra el pecado al que se aferra y del que no quiere separarse. Y como ha hecho esa elección, aferrándose firmemente a su elección, debe asumir las consecuencias de su elección cuando esta haya llegado a su fin. Así está escrito, y lo leo de nuevo: «La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad [que retienen, que reprimen la verdad] en injusticia».

Continuando desde donde leímos hace un momento: «Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; a aquel cuya venida es por obra de Satanás, con todo poder, señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia». «No creyeron a la verdad». La conocían; les fue presentada; sus corazones les decían, el Espíritu de Dios les decía, que era la verdad; sus propias conciencias lo aprobaban todo; pero no quisieron creer a la

verdad; «se complacieron en la injusticia», y retuvieron, y reprimieron, la verdad en injusticia; y «por esta causa» la ira de Dios se revela desde el cielo y los golpea.

Sin embargo, como ya se ha dicho, la ira de Dios no es principalmente contra ellos, sino contra la cosa que aman; contra la cosa a la que se aferran y de la que no quieren separarse. Y al final, en aquel gran día en que se establezca el juicio, y a la derecha y a la izquierda estén todas las personas que hayan vivido, los de la izquierda se irán «al fuego eterno preparado» — no para ellos, sino «para el diablo y sus ángeles». El Señor hizo todo lo posible para que nunca lo vieran. Dio a su Hijo para salvarlos, para que nunca lo conocieran. No fue preparado para ellos. Él no desea que se pierdan; pero tienen que ir allí porque allí está la compañía que han elegido; ese es el lugar con el que se han conectado y del que no quisieron separarse. Por lo tanto, dice: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles».

No preparado para vosotros. Dios en aquel día —el Señor Jesucristo en aquella hora—, cuando se pronuncie esa palabra, estará tan apenado como lo estuvo en la hora de la cruz. Estará tan apenado de que estos tengan que ir a ese lugar, que no fue preparado para ellos, como lo estuvo en la hora de la cruz. No es su placer que ninguno esté allí. Están allí por causa de ese pecado al que se han unido inseparablemente. Y siendo esa su elección irrevocable, simplemente tienen ahora la oportunidad de recibir realmente, y en plenitud, aquello que han elegido. Siempre tuvieron su elección; hicieron su elección; se aferraron a su elección; y cuando reciben las consecuencias de su elección, ciertamente no hay lugar para quejas. Dios ha hecho todo lo que podía hacer, pero ellos no quisieron.

Así que, aunque es un hecho que el Señor no desea que nada de esto le suceda a ningún hombre, sin embargo, como «Dios es un fuego consumidor», esa es la manera en que él debe venir. Siendo un fuego consumidor, y viniendo tal como es, viene en llama de fuego para visitar sobre la maldad lo que le corresponde; y quienquiera que esté unido a la maldad tendrá que ir por el mismo camino.

«Dando retribución a los que no conocen a Dios». Tuvieron oportunidad de conocer a Dios. Multitudes profesaban que conocían a Dios, pero con sus obras lo

negaban. Tenían la forma de piedad —la profesión—, pero negaban el poder de ella. Conocéis las palabras: «En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios; que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita. Porque de estos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, llevadas de diversas concupiscencias... réprobos en cuanto a la fe». Y la destrucción viene sobre ellos, no porque no tuvieran oportunidad, sino porque despreciaron todas las oportunidades que tuvieron; no porque no tuvieran oportunidad de conocer a Dios, sino porque rechazaron toda oportunidad que Dios les dio para descubrirlo y conocerlo cuando él se revelaba.

Dios está completamente libre de culpa; porque Jesús dijo: «Si alguno oye mis palabras y no las cree, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue» (Juan 12:47, 48).

Ahora averigüemos quién es ese «uno». No es Jesucristo: él mismo dice que no es. No es Dios; porque el Señor Jesús dijo: «Si alguno oye mis palabras y no las cree, yo no le juzgo». Ese no es el «uno». Pero hay un «uno» que le juzga, y creo que podemos descubrirlo. Mire de nuevo: «si alguno oye mis palabras». Esa palabra es la palabra de Dios. Es la palabra de vida de Dios, porque es la palabra de Dios. La palabra de vida de Dios es vida eterna, porque la vida de Dios es eterna. Luego está la palabra de vida eterna. Esa palabra es hablada. Todos los hombres la oyen. «Si alguno oye mis palabras y no cree», y «el que me rechaza y no recibe mis palabras» —siendo esa palabra la palabra de vida, cuando llega a usted, o a mí, o a ese otro hombre, la vida eterna llega a usted, o a mí, o a ese otro hombre. En las «palabras de vida eterna», la vida eterna llega a aquel a quien llega la palabra. Y cuando él rechaza la palabra, rechaza la vida eterna. Y al elegir rechazar la vida eterna, elige la muerte eterna. Es su propia elección rechazar la vida eterna; y al rechazarla, elige la muerte. Entonces, cuando esa muerte que él

ha elegido llega a él —¿quién le trajo a ella? ¿Quién le consideró digno de muerte? ¿Quién le juzgó? ¿Quién le condenó a muerte?— Solamente él mismo. Nadie más tiene parte en ello en absoluto. Dios hizo todo lo que pudo: puso ante él la vida eterna; le rodeó con toda clase de incentivos y persuaciones posibles para que la recibiera; la hizo atractiva para él; fue adornada, decorada, hecha tan hermosa como la misma verdad de Dios podía ser hecha, y su propio corazón la aprobó; el Espíritu de Dios le dijo: «Eso es lo correcto, esa es la verdad»; pero él «se complació en la injusticia». Rechazó la palabra, y al rechazar la palabra de vida eterna, rechazó la vida eterna; y en eso eligió la muerte eterna. Y cuando recibe la muerte eterna, es solo lo que él eligió. Él mismo es el único que se consideró digno de ella.

Cuando Pablo y Bernabé estaban en Antioquía, y los judíos contradijeron y blasfemaron contra las cosas que eran dichas por Pablo y Bernabé a los gentiles, estos hombres de Dios se envalentonaron y dijeron: «Era necesario que la palabra de Dios os fuera hablada primero; mas puesto que la deseáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles» (Hechos 13:46). Fíjese; no se dijo: Nosotros os juzgamos indignos de la vida eterna. No; vosotros «os juzgáis indignos de la vida eterna». Todo hombre que encuentra la destrucción se pasa a sí mismo la sentencia de esa destrucción.

Toda la Escritura está fundada sobre este pensamiento: que no es contra la persona, sino contra la cosa a la que la persona se ha aferrado, contra lo que viene la ira de Dios. Entonces, como el Señor ejecuta venganza principalmente solo contra el pecado, como su ira es solo contra la impiedad y la injusticia, y ha hecho todo lo que pudo para lograr que el pueblo se separe del pecado, entonces, en ese día ardiente cuando él venga y se revele al mundo, y el mundo lo vea tal como es, seguirá siendo solo contra el pecado contra lo que ejecutará venganza.

¿Qué más podía hacer Dios de lo que hizo para quitar el pecado? Dio a su Hijo unigénito; Cristo se dio a sí mismo, para que todo aquel que en él creyera no pereciera, sino que tuviera vida eterna. Él se compromete con toda alma que crea, que no perecerá. La palabra no dice, como demasiado a menudo se lee mal, «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo

aquel que en él cree no perezca, sino que tenga vida eterna». Nada de eso. El siguiente versículo tiene el «pueda»: «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él». Puede ser también. Cuando Dios dio a su Hijo, en ese don estableció la posibilidad eterna de que toda alma en este mundo pudiera ser salva. Pero ahí está el «pueda». Ahí está el «quizás». Porque si alguien es salvo o no, depende de lo que él elija. El Señor no nos salvará a pesar de nosotros mismos. Él ha hecho posible, en el don de Cristo, que cada uno de nosotros sea salvo. Depende de nosotros si elegimos la salvación que él ha dado; si tomamos la cruz y adoptamos los medios que la harán cierta para nosotros.

Pero cuando uno ha elegido a Cristo y cree en él, ya no hay ningún «quizás» al respecto. Entonces será. Entonces llega el versículo donde está el «será», y dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no perezca [no «no perezca»], sino que tenga vida eterna». Creer en Jesucristo quita todo el «quizás» que alguna vez hubo en ello, y lo convierte en un eterno «será». Entonces, a toda alma que cree en Jesús, Dios le dice: Me comprometo a que «no perecerás». A toda alma en este mundo, por malvada que sea, el mensaje de Dios es que él ha hecho la provisión, ha establecido la cosa, y la ha fijado tan firmemente que tan ciertamente como un alma cree en Jesucristo, esa alma «no perecerá». Esa es una buena oferta. Es infinitamente justa e infinitamente generosa. Es tan justa y generosa como lo es Dios.

La destrucción del pecado es el único camino de salvación. Su nombre será llamado «Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Así que cuando acepto su oferta, tan ciertamente como creo en Jesús no pereceré. Y en eso, acepto la provisión de que dejaré ir el pecado. Acepto que estoy dispuesto a ser separado del pecado, y que me separaré del pecado. Escuche: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido». Entonces el propósito de la cruz de Cristo es la destrucción del pecado. Nunca pierda de vista ese pensamiento. Aférrese a él para siempre: la cruz de Jesucristo —la crucifixión de Jesucristo, su propósito— es la

destrucción del pecado. Gracias al Señor, ese propósito será cumplido. Ahora leamos el versículo completo: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Romanos 6:6). No solo hay destrucción del pecado, sino libertad del servicio del pecado. «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros» (versículo 14). Sigamos ese pensamiento brevemente a través del capítulo. Hay en él todo un mundo de victoria y gozo cristianos.

«Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado». El que es crucificado, el que ha aceptado la muerte de Jesucristo y es crucificado con él, ese es el que ha sido justificado del pecado.

«Ahora, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él». Pero ¿dónde vive él? ¿Vive en el pecado? Nunca lo hizo. Entonces, tan ciertamente como vivimos con él, vivimos con él libres del pecado.

«Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él». No pudo retener el dominio que tenía. Tenía el dominio, porque él se entregó a sí mismo en sumisión al dominio de la muerte; pero la muerte no pudo retenerlo, porque él estaba separado del pecado. Tampoco la muerte puede retener a nadie más; aunque tenga dominio, no puede retener al hombre que está libre del pecado.

«Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, por tanto, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros como instrumentos de iniquidad al pecado, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia a Dios. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros» (Romanos 6:11-14). Allí el apóstol dice que el pecado no se enseñoreará de vosotros. No reine, por tanto, el pecado en vuestra carne, en vuestros miembros. Luego, descendiendo un poco más: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?» El versículo

siguiente dice: «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Romanos 6:16-18).

La cruz de Cristo no solo da libertad del pecado, sino que hace a los hombres siervos de la justicia. El siguiente versículo nos dice que el servicio de la justicia es «para santidad»; el fin de la santidad es vida eterna; y sin santidad «nadie verá al Señor».

Entonces es perfectamente claro, tan claro como el agua, que la única preparación verdadera para la venida del Señor es la separación del pecado. No importa cuánto hablemos de la venida del Señor; ni cuánto prediquemos las señales de los tiempos; ni cuánto nos preparemos de otra manera, aunque vendamos todo lo que tenemos y lo demos a los pobres —si no nos estamos separando del pecado, haciendo de ello nuestra consideración constante estar absolutamente separados del pecado, y ser siervos de la justicia para santidad, no estamos haciendo preparación alguna para la venida del Señor: nuestra profesión es todo un fraude. Puede que no estemos obrando como un fraude; pero nos estamos infligiendo un fraude a nosotros mismos. Puede que nos estemos engañando con ello; pero eso no hace diferencia: si nuestra consideración constante no es la separación total del pecado, nuestra profesión es un fraude.

La profesión de ser adventista, de ser adventista del séptimo día, esperando la venida del Señor, diciendo a la gente que la venida del Señor está cerca, observando las señales de los tiempos —todo esto es correcto, absoluta y eternamente correcto. Pero, aunque tenga todo esto, y no tenga esa única cosa —la única ambición de estar completamente separado del pecado y del servicio del pecado—, mi profesión de la fe adventista es un fraude; porque si no estoy separado del pecado, no puedo encontrar al Señor en paz. Por lo tanto, si mi única ambición no es la separación del pecado y del servicio de él, no me estoy preparando en absoluto para encontrar al Señor.

Entonces la pregunta para cada uno de nosotros aquí hoy, y para los adventistas del séptimo día entre todos los pueblos, es: ¿Te estás preparando

para encontrar al Señor, a quien, sin santidad, nadie verá? Voy a preguntarte algo más: ¿Estás listo para encontrar al Señor? De los tiempos y las sazones, no tenéis necesidad de que yo os hable. No es necesario que me pare aquí y hable acerca de cuán cerca está la venida del Señor. Las señales se multiplican sobre la tierra. Sois adventistas. Sabéis todo eso; pero es apropiado para mí, ahora y para siempre, estar aquí y preguntar: ¿Estás separado del pecado? Y estando separado del pecado, ¿estás listo para encontrar al Señor? Porque nuestro Dios es un fuego consumidor, y no sirve de nada tratar de escapar de eso. No es otra cosa. No necesitas acariciarte con la noción de que Dios es otra cosa que un fuego consumidor. Decídetes a eso. Él dice que eso es exactamente lo que es; y cuanto antes tú y yo nos decidamos a que Dios es un fuego consumidor, mejor.

Cristo viene; estamos hablando de ello; será para nosotros. Viene en llama de fuego, viene como un fuego consumidor; pero quiero saber de qué sirve hablar de su venida a menos que estemos listos para encontrarlo en este fuego consumidor. Es todo engaño que cualquier hombre pase descuidadamente cuando esa es la verdad eterna.

¿No recuerdas que la Palabra no solo dice que le veremos, sino que le veremos tal como es? es decir, le veremos como un fuego consumidor —y me alegro de ello. ¡Gracias al Señor! Aquí hay una descripción de él cuando Juan lo vio tal como es —lo vio como le veremos—, ¿y qué? Solo algunos puntos: «Sus ojos eran como llama de fuego». «Sus pies semejantes al bronce bruñido, como si estuvieran ardientes en un horno»; y «Su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza». Su vestidura era «blanca como la nieve, que ningún batanero en la tierra las puede emblanquecer», «blanca como la luz» —la blancura de un resplandor penetrante y consumidor. Ese es él. Y ese es él tal como es cuando viene; y sin santidad nadie le verá. Sin separación del pecado, ningún hombre podrá estar en pie.

Entonces la pregunta hoy, para ti y para mí, y todo el tiempo, es: ¿Cómo seremos tan separados del pecado que podamos encontrarlo en llama de fuego? ¡Cómo, cómo, cómo!

Mírate a ti mismo y a tu historial, y yo me miraré a mí mismo y a mi historial. Miremos los malos rasgos que hay en nosotros, las luchas que hemos hecho, y el anhelo que hemos tenido de vencer estos asedios, y de separarnos de todo mal, para estar listos de verdad. ¿Dónde hay tiempo para prepararnos a nosotros mismos? En el breve tiempo que interviene entre ahora y ese día —¿hay tiempo? y si es así, ¿cuándo será ese tiempo en que tú y yo tengamos esa cosa tan cumplida, nos hayamos separado tanto del pecado que estemos listos para encontrarlo en llama de fuego? La respuesta es: Nunca. Ese tiempo nunca, nunca llegará.

¿Qué, entonces, haremos? No me malinterpreten. No dije que el tiempo nunca llegará en que pudiéramos estar separados del pecado. Dije: Mírate a ti mismo, y yo me miraré a mí mismo, y veremos lo que somos, cuán llenos de malos rasgos, y cuán poco progreso hemos hecho en esta obra de vencer, y preguntaré: ¿Cuándo llegará el tiempo en que tú y yo nos hayamos separado tanto del pecado que podamos encontrarlo en llama de fuego? Es ese tiempo del que digo que nunca, nunca llegará.

Pero, ¡bendito sea el Señor! hay tiempo para ser separados del pecado. Nunca llegará un tiempo en que podamos hacer esta obra nosotros mismos; pero el tiempo es ahora, AHORA MISMO, para ser separados del pecado. El tiempo para ser separados del pecado es ahora mismo, y ese ahora es todo el tiempo; porque «ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación». Solo Dios puede separarnos del pecado; él lo hará, y lo hará ahora mismo. ¡Bendito sea su nombre!

Sin embargo, lo que cada uno debe entender es esto: la única manera en que Dios separa, o puede separar, a alguien del pecado es por medio de ese mismo fuego consumidor de su presencia. Por lo tanto, la única manera en que tú y yo podemos estar tan separados del pecado como para encontrar a Dios tal como él es, en el fuego llameante que él es, en aquel gran día, es encontrarnos con él HOY tal como él es, en el fuego consumidor que él es. La única manera en que podemos estar preparados para encontrarnos con él en su venida en aquel gran día es encontrarnos con él en su venida hoy. Porque hay una venida a los

hombres ahora, tan real como la venida al mundo en aquel gran día. «No os dejaré huérfanos: VENDRÉ A VOSOTROS» (Juan 14:18). Pero no olvides que ya sea que venga a ti o a mí ahora, o que venga a otras personas en aquel gran día, él viene únicamente como un fuego consumidor.

Escucha: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta» — ¿qué dice? — «entraré a él». Bien. ¡Gracias al Señor! Y «él es fuego consumidor» y cuando él entra en ti, esa venida consumirá todo el pecado en ti, de modo que cuando él venga en las nubes del cielo en fuego llameante, puedas encontrarte con él con gozo en el fuego consumidor que él es.

Entonces, ¿oyes su voz? «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, ENTRARÉ A ÉL». ¿Oyes su voz? Entonces abre de par en par la puerta, y mantenla abierta eternamente. Dale la bienvenida, en el fuego consumidor que él es: y ese fuego llameante de su presencia consumirá el pecado en todo tu ser, y así te limpiará por completo y te preparará para encontrarte con él en fuego llameante en aquel gran día.

Cuando me encuentro con él hoy «en fuego llameante», cuando le doy la bienvenida hoy como «fuego consumidor» en mí, ¿tendré miedo de encontrarme con él en fuego llameante en aquel día? — No; estaré acostumbrado a ello; y sabiendo qué cosa tan bendita es familiarizarse con encontrarse con él como «fuego consumidor», sabiendo qué bendición me ha traído eso hoy, me deleitaré en encontrarme con él en aquel otro día, cuando sea revelado desde el cielo en fuego llameante. «Nuestro Dios es fuego consumidor». ¡Bendito sea el Señor!

«¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿Quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? Porque él es como FUEGO de fundidor» (Malaquías 3:2). Bien. Entonces, cuando me encuentro con él ahora, en el fuego consumidor que él es, me encuentro con él en un fuego que refina, que purifica. «Y se sentará como fundidor y purificador de plata; y purificará a los hijos de Leví, y los acrisolará como a oro y como a plata, para que ofrezcan al Señor ofrenda en justicia» (Malaquías 3:3). Eso es separación del pecado; eso es purificación del pecado. Y eso nos coloca donde ofrecemos una ofrenda al Señor en justicia: nos

convertimos en siervos de la justicia para santidad, para que podamos encontrarnos con el Señor. Así que, entonces, bendice al Señor porque él es fuego consumidor — porque él es como fuego de fundidor.

Mira de nuevo esa expresión en Apocalipsis: «Sus ojos eran como llama de fuego» (Apocalipsis 1:14). En aquel día sus ojos se posarán sobre cada uno de nosotros, y nos mirará de parte a parte. Cuando sus ojos son como llama de fuego, y esos ojos en aquel gran día se posan sobre cada uno de nosotros, y nos miran de parte a parte, ¿qué hará esa mirada con cada uno que está envuelto, cuerpo y alma, en pecado? — Consumirá el pecado y al pecador con él; porque no quiso ser separado del pecado. Y hoy, justo ahora, esos ojos son los mismos que serán en aquel día. Hoy sus ojos son como llama de fuego; y «todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (Hebreos 4:13). Muy bien, entonces. Ya que todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta, ya sea que tengamos que tratar con él o no, ¿por qué no aceptar el hecho, elegir que así sea, y por nuestra parte abrir todo a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta? Y habiendo abierto así la vida a él, al fuego llameante de la gloria de sus ojos resplandecientes, ¿qué hará eso? — Esos ojos de llama viva nos mirarán de parte a parte, y consumirán todo el pecado y toda la escoria; y nos refinarán de modo que él vea en nosotros la imagen de sí mismo.

Está escrito que hemos de servir al Señor «como de sinceridad» (2 Corintios 1:12). Sincero es genuino; es verdadero; es como miel colada. Originalmente, es miel colada, y colada de nuevo, una y otra vez, hasta que, sosteniendo la miel a la luz, se encuentra que es *sine-cera* — «sin cera», sin rastro de cera que se vea flotando en ella. Eso es lo que él dice que tú y yo debemos ser tan ciertamente como somos cristianos. Dios nos limpia en la sangre de Cristo, y nos sostiene a la luz del Señor, y el mundo solo puede ver la luz. Y así, «vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5:14). Aquí, de nuevo, está la palabra del Señor: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad» (Salmo 139:23, 24). Esa es la palabra que se nos da para hoy y para siempre. Otra palabra va junto con ella: «Oh Señor, tú me has

examinado y conocido. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme... y estás familiarizado con todos mis caminos. Pues no hay palabra en mi lengua, he aquí, oh Señor, tú la sabes toda. Me has cercado por detrás y por delante, y sobre mí pusiste tu mano» (Salmo 139:1-5). Otra traducción lo dice: «Me has rodeado por completo; y sostienes tu mano sobre mí». Eso es un hecho. Él nos ha rodeado por completo, y su mano está sobre nosotros. Ya sea que lo aceptemos o no, es otro asunto; pero ese es el hecho con cada hombre en todo este mundo. Así es como todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

Entonces, cuando es un hecho que él nos ha examinado y nos ha conocido, y que nos examina y nos conoce todo el tiempo, ¿por qué no aceptarlo como un hecho y obtener el beneficio de ello? ¿Por qué no presentarle la palabra: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos»? ¿Para qué? — «Y ve si hay en mí camino de perversidad». ¡Oh, eso me coloca ante su rostro; para que sus gloriosos ojos de luz me miren, y brillen a través de mí, como el fuego, escudriñando si hay en mí algún camino de perversidad! Y habiéndolo escudriñado, y siendo fuego consumidor, lo consume todo, y me guía por el camino eterno.

Así que, entonces, la manera segura de escapar del fuego llameante de aquel gran día es dar la bienvenida a ese fuego llameante hoy. Por lo tanto, digo de nuevo: no dejes que se escape nunca de tu pensamiento que «nuestro Dios es fuego consumidor»; y que la manera segura de escapar de ese fuego consumidor en aquel gran día, cuando no habrá oportunidad de cambiar ni tiempo para elegir, es elegir hoy el cambio bendito que se obra, dando la bienvenida libremente, con alegría, a la vida, a nuestro Dios, que es fuego consumidor.

Recuerdo la palabra que fue dicha a Moisés. Como Moisés se había acercado cada vez más a Dios, dijo por fin: «Te ruego que me muestres tu gloria» (Éxodo 33:18). Eso es exactamente lo que aparece en el gran día venidero que está cerca: él viene «en las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mateo 24:30). Su gloria cubre los cielos en aquel día, y la tierra se llena de su alabanza. En aquel día él está «envuelto en un resplandor de gloria sin límites», «y todo ojo le verá»

(Apocalipsis 1:7). Pero, ¿quién lo soportará? Esa es la pregunta; y la respuesta es: Solo aquellos que han orado, y oran ahora, esa oración cristiana: «Te ruego que me muestres tu gloria».

Cuando Moisés oró esa bendita oración cristiana, el Señor dijo: «Hay un lugar junto a mí... y te pondré en una hendidura de la peña» (Éxodo 33:21-22), «y haré pasar toda mi bondad delante de ti» (Éxodo 33:19). «Y acontecerá que cuando pase mi gloria», te «cubriré con mi mano. Entonces quitaré mi mano», y me verás (Éxodo 33:22-23). Así que, aunque todo hombre debería temer el terror de la gloria consumidora del Señor en aquel gran día, hoy hay un lugar junto a él. Así que hemos de invitar a todas las almas; y de parte de él te invito hoy: Ven, y ponte en este lugar junto a él, en la mismísima presencia de la gloria llameante. No tengas miedo. Moisés no pudo soportar la plenitud de esa gloria consumidora aquel día; pero el Señor, en su amor, lo cubrió con su mano y lo protegió de los efectos de esa gloria, que él no podía soportar.

El gran problema en aquel gran día es que las personas no pueden soportar la gloria. Los reyes de la tierra, y los grandes, y los ricos, los jefes y los capitanes, y todo siervo y todo libre, huyen a las peñas y a los montes para esconderse, y dicen a las peñas y a los montes: «Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá mantenerse en pie?» (Apocalipsis 6:15-17). La gloria resplandeciente de Dios brillará sobre la tierra, y estas personas no podrán soportarla.

Pero hoy no tengas miedo. Él dice: «Hay un lugar junto a mí»; hay un lugar «en una hendidura de la peña», y «te pondré en una hendidura de la peña», y te «cubriré con mi mano», para que puedas soportar el resplandor y el poder purificador de mi gloria. Y ese fuego consumidor de mi presencia consumirá todo el pecado. Te «cubriré con mi mano» — te protegeré incluso de esa debilidad que, en ti, te hace incapaz de soportar la plenitud de mi gloria. Y cuando él quite su mano en aquel gran día, aquellos que hayan morado a su lado y hayan sido purificados por vivir en este fuego consumidor hasta que sean hechos blancos y

probados, podrán mirar su rostro sin velo. En el pleno resplandor de su gloria, le miraremos y le veremos tal como él es.

Y a eso es a lo que estamos llamados ahora, a mirar. Con rostro descubierto podemos mirar, incluso ahora, su rostro. Porque, en la carne de Jesucristo, Dios ha velado el poder aniquilador de la gloria de su rostro; porque, habiendo resplandecido en nuestros corazones, da la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo (2 Corintios 4:6). Al mirar el rostro de Jesucristo, vemos el rostro de Dios, y «nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3:18).

Entonces, que cada alma dé la bienvenida al glorioso mensaje que Dios envía al mundo: «Recibid el Espíritu Santo» (Juan 20:22); da la bienvenida a ese bendito Espíritu que obra este cambio por el cual somos transformados de gloria en gloria, y preparados para encontrarnos con él en aquel gran día de gloria; y da la bienvenida no solo al Espíritu Santo, sino que también codicia ardientemente los mejores dones que el Espíritu Santo trae cuando viene. Desea dones espirituales; porque estos han de llevarnos a la perfección en Cristo Jesús. Solo de esta manera seremos hechos perfectos en Cristo Jesús; y en Cristo seremos preparados para encontrarnos con él tal como él es.

Dios es fuego consumidor; y me alegro de ello. Nuestro Dios viene; y me alegro de ello. Viene en fuego llameante; y me alegro de ello. Viene en toda su gloria; y me alegro de ello. Lamento que haya alguien sobre quien él tenga que tomar venganza; pero me alegro de que el día viene en que todo pecado será barrido por nuestro Dios, que es fuego consumidor.

Venid, hermanos. ¿Estáis listos? ¿Estáis listos para encontraros con él en aquel día? Si no, él os dice hoy: «Hay un lugar junto a mí». Venid hoy, y poneos en este lugar junto a mí. Os revelaré toda mi gloria; «haré pasar toda mi bondad delante de ti» (Éxodo 33:19). Y donde haya algún defecto en vosotros que no pueda soportar justo ahora el fuego profundamente consumidor de esta gloria, os

«cubriré con mi mano» hasta que todo haya pasado: para que pueda separaros de todo pecado y salvaros en aquel día de gloria.

¡Oh, entonces, dad la bienvenida a aquel que es fuego consumidor! Morad en su presencia. Abrid la vida. Reconoced el hecho de que él es fuego consumidor — que nunca es otra cosa. Luego regocijaos en eso hoy. Morad en ese fuego consumidor hoy. Y cuando aquel gran día irrumpa sobre la tierra, en toda su gloria, también nos regocijaremos en aquel día. Entonces nos pondremos en pie y diremos: «He aquí, este es nuestro Dios» (Isaías 25:9). Pero ¿qué? ¿Con las montañas siendo lanzadas por el aire; cada isla huyendo de su lugar; la tierra surgiendo desde abajo; los cielos desplegándose como un pergamino, con un ruido más que ensordecedor; y fuego llameante por todas partes, su rostro como el sol, sus ojos como llama de fuego — en todo esto nos regocijaremos? — ¡Sí, bendito sea el Señor! Nos regocijaremos, porque «este es nuestro Dios». Lo hemos visto antes; hemos vivido con él; hemos dado la bienvenida a su presencia consumidora; hemos dado la bienvenida a la llama viva de la cual sus ojos son como fuego llameante, para que nos traspasaran y escudriñaran cualquier camino de perversidad en nosotros. Sabemos qué bendición y gozo trajeron a nuestras vidas cuando su gloria consumidora nos purificó del pecado y de pecar, y nos hizo siervos de la justicia para santidad. Y sabiendo qué bendición fue esa, exclamamos, en la plenitud del gozo perfecto: «He aquí, este es nuestro Dios» en verdad. Lo vemos ahora, más plenamente que antes. Eso significa aún más bendición. «He aquí, este es nuestro Dios; le hemos esperado, y nos salvará; este es el Señor; le hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación» (Isaías 25:9).